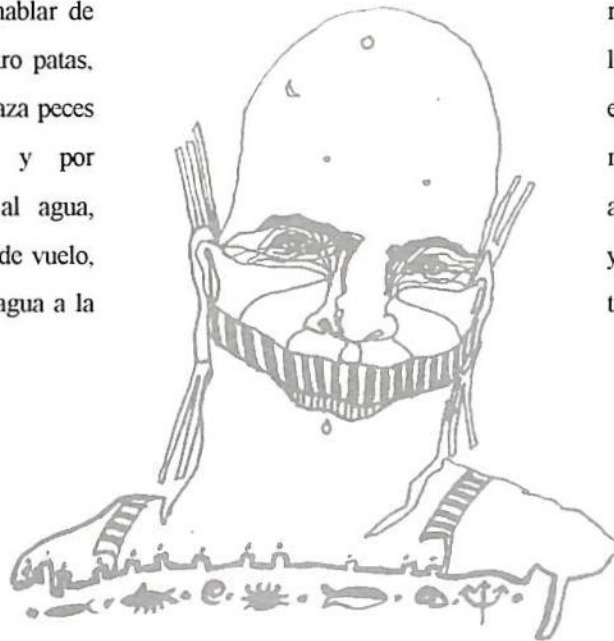


PÓSTER DE UN DELFÍN EN LA PARED DE UNA PAPELERÍA

ROBERTO RANSOM*

El delfín salta al aire y es el momento de la foto. Su cuerpo, en forma de arco, de luna creciente, de los últimos momentos del sol en el horizonte del mar, está detenido, se ha vuelto aéreo. Extraña ver aquella solidez y potencia, lo liso de la piel y los tonos contrastantes, en el aire y sin alas. Las aletas, la cola, le han dado la fuerza para librar el mar, desde muchos metros de profundidad ha comenzado la propulsión, pero ahora están recogidos, las aletas cercanas al torso, la cola apuntando hacia el sitio del último impulso. El delfín está detenido en el asombro. Creemos que lo hemos captado, que somos nosotros quienes lo miran. Pero es él, o ella, quien nos observa. Sólo así conoce nuestro mundo. De uno de sus ojos laterales ve el mar, azul-gris y plateado, que se extiende sin fin; del otro ojo, ve al fotógrafo en su barca. Pero no es esto lo importante: ha visto barcas y hombres del otro lado de la película donde el agua se vuelve aire, los ha observado desde cinco metros de profundidad o casi en la superficie, o flotando de lado, con una aleta apuntando al cielo. No es al fotógrafo a quien mira, ni a su barca –aunque los capta, por supuesto– sino, detrás de ellos, mira la costa. La playa poco profunda y pedregosa, el tupido bosque de pinos, el comienzo de los cerros. Quizá se puede hablar de años de caminar en cuatro patas, de años como lobo que caza peces corriendo y saltando, y por soltado en el agua y al agua, nado, como ésta, ahora, de vuelo, mamíferos, al pasar del agua a la



reminiscencia. De millones de lobo terrestre, luego otros millones en las aguas poco profundas, momentos ya sin sentir el fondo, aquella primera sensación de y el asombro que une a los tierra y de vuelta al mar.

* Escritor y catedrático del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras y de la Facultad de Humanidades. UAEM.